

Comentario internacional

La dictadura militar a fondo

La dictadura militar argentina no ha dado mucho tiempo para las interpretaciones, puesto que, ipso facto, ha proclamado, con claridad, sus aparentes objetivos: disolver las frágiles muestras del poder democrático. Frággiles porque el Estado de Derecho, convertido en portavoz de las venganzas sectarias y de los grupos ultras, como la triple A, había renunciado a su propio sometimiento al imperio de la ley —que es lo que determina un Estado de Derecho— y, en consecuencia, poco podía ofrecer a los grupos instalados en el espontaneísmo o el voluntarismo como alternativa racional.

Sin embargo, y una vez más, lo importante no es lo que digan unos jefes militares, sino el edificio político en su conjunto. Los intentos militares argentinos de establecerse como orden o como sistema han venido fracasando, desde 1955, con perentoria claridad. Los periodos intermedios o transicionales, a su vez, de la misma manera. Se diría, por tanto, que el problema es considerablemente mayor que la ruptura de la seguridad o del orden público. Se trata, sin duda, de un problema a fondo. Si el ejército quiere resolverlo por la vía de la congelación de la política tendrá, sin duda, seguidores. Todos aquellos estratos sociales que entienden que la política del Estado no es otra cosa que la política de seguridad de la vida de los ciudadanos y de la propiedad privada. Ese estrato, no nos engañemos, no será pequeño. Sin embargo, una situación como la argentina difícilmente podrá resolverse o clarificarse nada más que por la ley primaria de la imposición, sobre el caos, de orden de las armas.

El golpe de Estado militar había sido señalado, definido y avanzado por todos los periódicos y grupos. No ha causado ninguna extrañeza. Quiere ello decir que se vivía con una conciencia clara —la existencia social determina la conciencia— de que ello se produciría. Cuando ocurrió, todo el mundo estaba en el secreto. Esto significa y supone que las aguas sociales habían llegado a un punto que ofrecía mínimas alternativas para otro tipo de ruptura.

Sin embargo, y por el otro lado, me parece totalmente aventurero e imaginario pensar que el ejército argentino sea, en estos momentos, una pieza militar pinochetista y que todos sus elementos (sobre todo la oficialidad joven) no tengan como fundamento de la crisis otra ideación que la violenta supresión del orden constitucional existente, por frágil e inconveniente que fuese.

Hasta donde puedo hablar en primera persona (lo cual es insuficiente porque las categorías históricas no se definen de esa manera), mi observación personal de algunos estratos políticos y militares argentinos permite pensar, sociológicamente, que hay tendencias y diversidades considerables. Todo, en principio, menos una interpretación única y autoritaria y absoluta (puede ser primaria, eso sí, y próxima, en casos, a la idea de que la justicia es preferible al desorden) del destino argentino. Por todo ello cabe pensar que aparecerán fisuras intelectuales y que el pueblo argentino, pasado un periodo de necesaria reflexión, encontrará vías de diversificación y de renovación.

Lo grave, desde el punto de vista continental, estribaría en el creciente desarrollo militar en el área latinoamericana. Caben, es verdad, matices sobre la peruanización, pero lo cierto es que ese instrumento de poder no siempre ha tenido, en la historia continental, el valor y la decisión de asumir el proyecto popular. Todo un largo y extenso imperativo de clase juega en ese proceso de decantación. A veces el ejército ha asumido aspectos concretos de la modernización, que la oligarquía no deseaba o no cumplía, pero que, en última instancia, podían favorecerla. La situación de Chile, de Uruguay, Bolivia, Brasil, Ecuador y ahora de Argentina no es, ciertamente, para considerar los acontecimientos de la región sin grave y seria preocupación.

La crisis colombiana y las tensiones y conflictos de otras áreas revelarían que la crisis mundial ha acelerado las contradicciones y que la base popular no ha encontrado una fórmula de intervención que no chocara con el ejército o que no hiciese del ejército, con diferencias estrictas —obviamente—, el protagonista de una razón a medias o de la irracionalidad.

Hello Jaguaribe ha dicho, no sin cierta razón, que los ejércitos podían ser factores de modernización en el caso latinoamericano y del Tercer Mundo. Cabría decir, como respuesta crítica que no se separa de la clásica aceptación del talento de Hello, que ciertos ejércitos latinoamericanos han continuado prisioneros, aun en los casos en los que han intentado la modernización, de específicos proyectos de clase y de alianzas de clase, a nivel internacional, que no los han conducido a una ruptura real, es decir, a verdaderas alianzas con el pueblo.